

La NOVELA



del SABADO

GONZALO TORRENTE
BALLESTER



Farruquino

N.º 54

Farruquiño es un niño que nace de la unión de su padre Fernando, un famoso capitán de barco, con una hija de una morena que fue concubina de un amigo suyo. El chico va creciendo lentamente en compañía de su padre, navegando por mares y viviendo historias y aventuras, aprendiendo de los marineros todas sus costumbres y formas de existencia, así como sus habilidades para el combate. Los marinos le toman gran cariño y lo miman entre ellos, dándole lo mejor y también brindándole todo el apoyo y comprensión que se le puede dar desde sus corazones duros de hombres del mar.

La vida cambia para Farruquiño cuando su padre es llamado por el gobierno para que se haga cargo de un buque de guerra y marchar a cuidar las flotas de su país...



¡NO JUEGUE CON
EL PORVENIR
DE SUS HIJOS!

Protéjalos con un Seguro de Vida

que les garantice el logro de sus aspiraciones y un punto de apoyo para encauzarse definitivamente hacia el éxito en su vida.

Oiga

-como la voz de un amigo- el consejo del Agente de

LA "SUD AMERICA"

COMPAÑIA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

(Inscrita en el Brasil con el nombre de "Sul America")

DIRECCIÓN GENERAL PARA ESPAÑA: PLAZA DE CANOVAS, 4
M A D R I D

Si desea recibir un folleto ilustrado sobre el Seguro de Vida, envíenos su nombre y apellidos, domicilio y edad de Vd. y de sus hijos.

Aprobado por la Dirección General de Seguros

VIAJES A PARIS

por 3.000 pesetas

EN AUTOCAR PULLMAN DE LUJO

SALIDAS MENSUALES

11 días de viaje.

VISITANDO:

BURGOS (Y LA CATEDRAL), SAN SEBASTIAN, BURDEOS, ANGULEMA, RUTA DE LOS CASTILLOS DEL LOIRA, PARIS (ESTANCIA DE 5 DIAS), ORLEANS, VIERZON, LIMOGES, AGEN, LOURDES (VISITA DE LA GRUTA Y MISA), ZARAGOZA (VISITA DEL PILAR), ALHAMA DE ARAGON Y LLEGADA A MADRID. FIN DEL VIAJE

Informes e inscripciones:

WAGONS - LITS // COOK

(A. V. G. A. T., 5)

ALCALA, 23,
C. SOTELO, 14
Palace Hotel
o en
cualquiera de
nuestras
agencias de
España



PARA LA HIGIENE *de* PEQUEÑOS y GRANDES

el nombre de Polvos

ETTE DE SEÑORAS Y NIÑOS

POLVOS HIGIENICOS

CALBER

REGISTRADO

INDISPONIBLES EN LOS ESCOCIDOS, APUNTALES, DERMATITIS, GRANOS, ERUPCIONES, SARTILLO, PIELAS, ROJECES, CORTADURAS, ARDOR, PRURITO, etc. y HIGIENE del CUERPO.

Fabrica Higienica CALBER, SAN SEBASTIAN

POLVOS HIGIENICOS CALBER

INSUSTITUIBLES

Bulida

PROXIMO NUMERO

55. **Antonio.**—Eugenia Serrano.

ULTIMOS NUMEROS PUBLICADOS

28. **Cómo se casó Brañanova.**—A. Palacio Valdés.
 29. **¡Bienvenido, Mister Marshall!**—Bardem, Berlanga y Mihura.
 30. **Historia de "Farol".**—Carmer. Nonell.
 31. **La niña de la calle del Arenal.**—Edgar Neville.
 32. **Un caballero desconocido.**—Eduardo Marquina.
 33. **El secreto.**—Mercedes Fórmica.
 34. **Dos corazones con ruedas.**—Juan A. Cabezas.
 35. **La otra ciudad.**—Elena Quiroga.
 36. **Los mejores cuentos de Navidad.**
 37. **El fin del mundo.**—J. A. Giménez Arnáu.
 38. **Lluvia de arena.**—Claudio de la Torre.
 39. **Los últimos de Filipinas.**—Enrique Llovet.
 40. **La gorriona.**—Padre Luis Coloma.
 41. **El yagabundo.**—Ramón Ledesma Miranda.
 42. **Martin Nadie.**—C. Fernández Luna.
 43. **La guerra de Dios.**—Vicente Escrivá.
 44. **Eclipse de Tierra.**—Mercedes Ballesteros.
 45. **Pipo, perro.**—Antonio Pérez Sánchez.
 46. **El buen Sancho.**—Azorín.
 47. **Alejandra y Carlino.**—César González-Ruano.
 48. **El Mercado.**—Ignacio de Aldecoa.
 49. **El viaje divertido.**—Carmen Laforet.
 50. **La madrastra.**—Alfonso Hdez. Catá.
 51. **El sainete triste.**—Tomás Borrás.
 52. **El cuclillo de la madrugada.**—José Luis Acquaroni.
 53. **Para que el gato sea limpio.**—Jacinto Benavente.

Tarifa de suscripción a "La Novela del Sábado":

A 12 números	68 pesetas.
A 25 "	138 "
A 52 "	282 "

Puede remitirse su importe a LA NOVELA DEL SABADO, Ediciones Cid, Desengaño, 9, Madrid. Teléfono 31 05 12, y a cualquier sucursal del Banco Español de Crédito, con destino a la cuenta de LA NOVELA DEL SABADO, en la Central de Madrid.

I

Por sus labios delgados, por su mirar de través, y por cierto aire malicioso de su rostro, hemos llamado siempre «Viejo malvado» a don Fernando Freire, cuando propiamente deberíamos llamarle «Viejo cazurro», que es de lo que tiene cara; pero, cazurro o malvado, no se compagina bien con lo que sé de su vida, por lo que tengo dudas sobre la autenticidad de su retrato. Un hombre puede amargarse, siendo alegre; y aplebeyarse, siendo noble; pero, si el gusto de su vida han sido las mujeres, no me parece que el tiempo borre del rostro las señas de la sensualidad. De joven, por una miniatura suya que he visto en el Museo Naval, tenía labios gruesos, labios sedientos de labios. Me inclino a creer que el retrato sea de su abuelo por línea materna, un tal Saavedra, que también fué marino; aunque la casaca del retrato sea contemporánea de don Fernando VII.

La casa de los Saavedra la recuerdo: frontera de la mía, con la carretera de por medio; hecha ya una ruina, caídas las paredes, y sólo en pie las del lagar, porque en otros tiempos plantaban viñas y hacían vino, que no pudo ser bueno, criado a aquella altura de Galicia. Tiene la casa una finca grande, amurallada, que es ahora propiedad de una familia Fandiño, muy pegados de siempre a los Saavedra, y la recibieron en herencia de doña Manolita, más loca que una cabra, muerta hace bastantes años.

De doña Manolita, que mis parientes llegaron a conocer, se cuenta que encendía una vela a Dios y otra al diablo, pero literalmente, porque le habían salido mal las cosas de

un noviazgo y acudió, para enderezarlas, a la protección del Maligno. Por muy benévolos, e incluso inofensivos, que sean los trasgos gallegos, a doña Manolita le atribuló el pacto la existencia, vivió solterona y encadenada a él, y se murió por fin de un brinco que pegó el coche en un viaje a La Coruña, hecho por tierra, de miedo que doña Manolita tenía a la muerte en la mar.

Los Fandiño se quedaron con todo. La verdad es que lo disfrutaban desde años inmemoriales, porque hacía más de un siglo que ningún Saavedra vivía de continuo en Los Corrales, sino en Madrid, y venían sólo cortas temporadas. Cuando yo era niño, llamaban a aquellas ruinas la Casa Grande, y no se podía pasar por ellas después de puesto el sol. Antes, sí. Los niños hacíamos de las ruinas guarida de bandidos, pero con buen cuidado de abandonarlas a la hora del crepúsculo; si no, ya estaban gritándonos desde todas las casas del contorno para precavernos del diablo.

Entre Freires y Saavedras hubo en tiempos enlaces matrimoniales. Los Freire vivían de sus campos, los Saavedra de la mar. Había, además, muchas otras diferencias, porque los Freire eran simples hidalgos, y los Saavedra, caballeros. Del matrimonio entre don Luis Freire y la señorita Balbina Saavedra y Montenegro, sé pocas cosas. Tuvieron dos o tres hijos. El segundo, don Carlos, perteneció a la Magistratura, o como se llamase entonces la carrera, judicial: el primogénito. Fernando, el guapo de la familia, entró en la Real Compañía de Guardiamarinas, apoyado por su abuelo materno, persona de campanillas y grandes influencias en la Corte.

Los Fandiño ya vivían entonces a la capa de los Saavedra. Fueron siempre de color rubia y tez rojiza con fama bien ganada de matones, salvo con los señores. José Fandiño entró en la marinería y ascendió a cabo de cañón. En alguna, batalla hizo algo por el guardiamarina Fernando Freire, y esto le permitió pegarse a él y explotar el favor, hasta que un azar les separó. Fandiño fué a dar con sus

huesos en La Habana, se metió en líos de contrabando y le echaron de la Armada, sin que le valieran recomendaciones de sus señores naturales. No escarmentó. Era buen artillero, camorrista y bebedor. Dejó el contrabando por la piratería. Se arrimó a una morena octorona, que llevó más tarde a Cuba, porque tenían una hija y José quería para ella cualquier lucido porvenir.

Fernando por su parte, prefería los negocios de faldas y los lances de honor. Tenía buena reputación de marino y de hombre valeroso en la batalla. Era guapo, arrogante y generoso; probablemente no tenía nada en la cabeza. Por lo que fuera, una señorita gaditana se enamoró de él, y, por lo que fuera, Fernando se casó. Le vino el traslado a La Habana casi de recién casado, cuando su esposa iba a tener un hijo. No era prudente llevársela consigo. Ella quedó en casa de sus padres, dió a luz un varón y murió de sobreparto. El niño permaneció al cuidado de sus parientes, aprendió el castellano con acento de Cádiz, y algunas monerías, como bailar sevillanas y acompañarse una canción con la guitarra. También las matemáticas.

Cuando Fernando, ya capitán de fragata, se enteró de estos sucesos, pensó que la libertad es siempre buena, llegue por donde llegue, y procuró ahogar las pocas penas que la viudez pudiera haberle causado metiéndose en nuevos líos.

Esto debió de suceder por el año ochenta y ocho. En la guerra con los ingleses, Fernando se había portado como un león. Las muchachas de La Habana le adoraban. Era galanteador de rejas y salones, danzaba maravillosamente, pero, a la hora de comprometerse en matrimonio, se escurría.

El año ochenta y nueve fué funesto por varias razones. En Francia se armó la gorda, y a José Fandiño le cogieron pirateando, le metieron en la cárcel cargado de cadenas, y, por ser aforado a la Marina, le juzgó un consejo de guerra.

Entonces, acudió a don Fernando. Le mandó recado de que viniese a verlo, con recordación de los pasados servicios y de todos los favores que los Saavedra le habían hecho siempre. Tuvieron una entrevista en la cárcel. No había nada que hacer, pero, sin esperanzas, don Fernando se ofreció para defenderlo ante el consejo de guerra.

José Fandiño fué condenado a la horca. Lloró un poco, pero, al comprender que perdía el tiempo, cambió el llanto por una resignación cínica, y a una reconvención del capellán que le asistía, respondió:

—Que me quiten lo bailado.

—Resulta que bailarás hasta el final.

—Siempre tuve por seguro que acabaría así, y no me asusta, porque es muerte de hombres bragados.

No obstante, se acordó de su morena y de la hija que tenían. Pidió a don Fernando que se cuidara de ellas, desamparadas de toda protección y con peligros para la virtud de la hija, que era bonita y joven.

Lo dijo mirando de soslayo al capitán de fragata. «Bonita» y «joven» fueron palabras como tiros para el corazón de Fernando. Prometió protegerlas, y empezó a hacerlo una hora después que Fandiño hubo bailado su último baile en el pico de una verga, con música de cajas destempladas y voluntariamente inconfeso.

Tomó una carretela y salió pitando para el barrio donde vivía la morena. Había puesto cara de circunstancias y halló a la medio viuda tan tranquila, como si la muerte de Fandiño le hubiera quitado un peso de encima.

Benedicta, la hija, ni chistó durante la entrevista. Estaba sentada en un rincón, hecha un ovillo sobre una estera, y Fernando apenas si podía verle la cara, no ya las formas corporales. No hacía otra cosa que mirarla, pero, por cortesía, sus palabras no aludieron a su presencia. Hasta que la morena dió por terminado el coloquio sobre el muerto y, con sabia política, lo llevó al tema de los vivos.

—Benita, ven a que el señor te vea.

Aquel ovillo oscuro se movió con pereza, y Benita, erguida, salió de su rincón. Era de media talla, morenita dorada y de pelo claro, por el rubio del padre; ondulante, casi lasciva, muy lenta de movimientos. Por el calor llevaba ropa fresca y ligera, de suerte que más que marcar las formas, las transparentaba. Quedó quietecita, bajos los ojos, la boca entreabierta, delante del capitán de fragata.

—Da media vuelta, niña —dijo la morena.

Benedicta, dócil, se movió en redondo.

—Si le acomoda al señor se la puede llevar. Yo quiero irme a la Martinica con mis ahorros, y dejar a mi hija bien colocada sería de gran tranquilidad. El señor comandante puede suponer que una niña así da muchos quebraderos de cabeza.

Por un principio de pudor, Fernando mandó a la chica que saliese y, hablando claro, cerró un trato con la madre; la cual consideraba que el ruego del difunto, aunque velado, se refería, sin duda, a aquellos términos.

—Porque yo, señor comandante, tengo de sobra para mí con lo robado a José desde que fuí su manceba, y como él sabía que le robaba no hay para qué hablar más. En cuanto a la niña, ¿qué más puede pedir, si al señor no le disgusta? El señor es caballero, y toda la bondad que su familia tuvo para el pobre José la tendrá con su hija. Aparte de que la niña bien lo vale, como el señor ha visto.

Dió a continuación garantías de que la chica era pura y virtuosa, y de que había sido educada en los mejores principios. «De tal suerte, señor, que si no fuese espúrea y un poquito mulata, no se la cedería a nadie si no es para casarse. Pero bien comprendo que el señor comandante no puede hacerlo. Y, después de todo, ¿para qué? Yo tampoco me casé nunca, y me fué ricamente; y el casar no es más que pura formalidad para las gentes de posición, que los nacidos de esclavos podemos pasar sin eso».

Fernando pagó las onzas pedidas por la mulata para ayuda de costas, y Benedicta cambió de casa y de barrio.

Deseaba trajes, muy blancos y encajados, y los tuvo. Como su madre había asegurado, estaba formada en los mejores principios, y de tal manera aprisionó a Fernando al aplicarlos, que se pasaron tres años enmarañados antes de que el capitán de fragata se cansara de ella, si bien la vergüenza de aquella sumisión sobreviniera pronto. Al primero les nació un hijo.

II

Fernando había amado a Paquita Ozores. La había amado en su juventud, durante una recalada larga en La Coruña, siendo guardiamarina, y el amor le duró todo el verano y algo del invierno que siguió, en que el barco le tocó navegar; pero, en el primer puerto, descubrió que el amor de Paquita se parecía al de otra mujer cualquiera, y que lo importante era el amor, no la mujer amada. Paquita le amó también, quizá algún tiempo más, pero con más sosiego y con muchísima cautela. Cuando supo de Fernando su condición tarambana, hizo por olvidarle y después se casó con un oficial de artillería, Miguel Bermúdez, medio pariente de Fernando y, como él, ferrolano. Había nacido en el pazo de Leixa.

Bermúdez era guapo, vistoso y cabeza hueca. Paquita gobernaba diestramente el matrimonio, y no le fué mal, salvo que no tuvieron hijos. Fueron destinados a La Habana cuando Fernando llevaba poco tiempo de amores con Benita. Todo el mundo estaba al tanto del apocilgamiento, pero, si se comentaba, era más por los extremos apasionados del marino que por el negocio en sí, ya que los enredos con mulatitas andaban entre la gente gorda casi a la

orden del día. Paquita gastó bromas a Fernando, sin pasar de ahí, hasta que nació el niño. Entonces le llamó un día a su casa y le preguntó si pensaba bautizarle.

—¿Para qué? Su madre es una bruja.

Por primera vez, Fernando expuso sus pesares. Benedicta, durante sus ausencias, se relacionaba con negros de mala condición, bailaba en sus fiestas y participaba en sus hechicerías. Le tiraba la sangre de color.

—¿Por qué no la mandas a paseo? No es mujer para un caballero como tú.

—Ésa es otra cuestión. En cierto modo, tengo con ella obligaciones.

Paquita se encogió de hombros y habló de otra cosa; pero al día siguiente, hizo a la bruja su primera visita. La halló vestida de blanco, perezosa y dengosa, dale que tienes al pay-pay, y en conversación con una negra retinta de tú a tú. Se asustó un poco de la llegada de Paquita, pero la presencia de Bermúdez, que la acompañaba, le devolvió la tranquilidad, porque conocía los efectos de su voz caliente y de su escote sobre los hombros. Para refuerzo de su artillería le mostró el arranque de la pierna.

La autoridad de Paquita se sobrepuso. Mandó a Bermúdez que esperase en el coche, y comunicó a Benedicta su propósito de bautizar al niño. Benita replicó, pero Paquita pudo más y se llevó la criatura. Fueron padrinos ella y su marido. Le pusieron Francisco, pero, por cierta gracia del crío, empezaron a llamarle Farruco.

«Hijo de la tierra. Fueron padrinos...».

Fernando se enteró en seguida, pero no rechistó.

Al año, la coima entretenía las ausencias con la guitarra de un barbero, bajo pretexto de adiestrarse en el canto de guajiras: Fernando armó la primera zapatiesta seria y acabó zurrándole. Al segundo año le había arreado ya varias pali- zas, con la razón de su parte, porque Benita bailaba rumbas de lo más soez ante un auditorio de mucamas y pelafustanes de tez oscura. Al tercer año. Benedicta Fandiño, con su

cachondería, su ceceo, y con bastantes cosas fungibles que halló a mano, se largó en un jabeque hacia la Martinica, al amparo de su madre y del comerciante francés que la había acogido. Farruco quedó desgañitándose de llorar al verse abandonado, porque la niñera también había huido.

Le socorrieron unas vecinas y como el padre andaba navegando, se pensó en Paquita Ozores. Le llevaron recado, y ella acudió en seguida y llevó al niño a su casa. Era hermoso, un poquito solemne en el andar, que daba gusto verle, tan pequeño y mesurado, como si en su vida hubiese conocido otra cosa que negros. Era, además, rubio, y de la mixtura sólo conservaba un tinte pálido que le iba muy bien al porte.

Paquita le quiso desde el primer momento, y, contra toda conveniencia, le trató como si fuera hijo legal de un caballero, y no un mocoso sin padres conocidos.

—Ahora que la zorra esa se ha largado, obligaremos a Fernando a que lo reconozca.

Bermúdez susurró un conato de objeción que ni llegó a los oídos de Paquita. Esto sucedió por el 93. Había guerra con Francia y con las colonias francesas. El barco de Fernando se hallaba muy atareado en el Caribe, y tardó en regresar. Mientras tanto Paquita se entregó de lleno a la educación de Farruco, y lo tenía consigo a todas horas, incluso en el estrado cuando recibía. A una dama muy remirada que hizo dengues al niño le armó la de no te menees, y por las cosas que le dijo sobre los bastardos y sus derechos le cayó encima reputación de revolucionaria y afectada de las ideas francesas, de las que se hablaba entonces como propias del demonio. La cosa trascendió de tal manera, que Paquita fué llamada por el señor Obispo de La Habana y casi examinada de doctrina; pero estuvo tan ingeniosa en su defensa, y el prelado halló tan hermoso e inteligente a Farruco, que Paquita había llevado consigo, que el escándalo no pasó de ahí.

Cuando Fernando regresó, los hechos consumados no le permitieron hacer nada, ni tenía ganas de hacerlo. La huida de Benedicta le hundió en melancolía poco duradera, gracias a Paquita, que le ayudó a sobreponerse. Reconoció a Farruco y dejó que Paquita se cuidara de él, entre otras razones porque él no podía hacerlo. Fernando permanecía poco tiempo en La Habana: la guerra le traía y llevaba. Por estos años le llegó la patente de capitán de navío, y pasó a mandar un barco de tres puentes, de apostadero en La Habana; veía a Farruco con frecuencia, y, aunque no lo amaba, le entretenía.

El 97, Bermúdez fué trasladado a la Península. Paquita quería llevarse a Farruco, pero Fernando no lo permitió.

—Ya no es un mamón, y no me estorbará como antes.

—Pero ¿qué vas a hacer de él?

—Tengo un barco.

También lo tuvo Farruco. Paquita, antes de marchar, hizo a Fernando toda clase de recomendaciones sobre la criatura; pidió otra vez que le dejase llevarse consigo; le dió de besos hasta que no pudo más y lloró durante muchos días. Aquella tarde, Farruco llegó a bordo en la falúa del comandante, y don Fernando lo entregó al contramaestre para que se cuidara de él.

Un barco era una cosa grande y complicada, llena de ruido y de gentes que pasaban por el lado de Farruco sin fijarse, y que a veces le atropellaban. No había criadas que le dieran de comer, sino que, a la hora del rancho, tenía que coger la escudilla y ponerse en la fila como cada quisque. Si resbalaba en cubierta y se lastimaba, le daban un trago de ron, y a dormir. Había un hombre lejano, que a veces paseaba por la toldilla de popa, que era el comandante, y además su padre, cuya única diferencia con Dios es que a Dios no se le veía nunca; pero dentro del barco mandaba tanto como Dios en el resto del universo. Los marineros, cuando se referían a él, le llamaban «nostramo» y saludaban. Todas las tardes, a la hora de ponerse el sol, la gen-